

TEJAS.

ERROR POLITICO EN NO POBLAR A CALIFORNIA.—SISTEMA DE PRESIDIOS ESTABLECIDOS POR GALVEZ.—VIDA DE LOS SOLDADOS PRESIDIALES.—CACERÍAS DE CABALLOS Y CÍBOLO. FERIAS DE LOS INDIOS.

(SEGUNDO ARTICULO.)

Después de la fundación de San Antonio de Béjar, ninguna mejora puede citarse en muchos años. Los diversos vireyes que gobernaron á México, poco ó ningun cuidado pusieron en poblar á Tejas, y las orillas de tantos y tan hermosos rios como corren por esas llanuras, quedaron sirviendo solo de asilo y guarida á las tribus errantes de indios. El plan del gobierno español era sin duda el dejar un inmenso desierto entre la raza española y la anglo-sajona. Este desierto, sembrado de todo género de inconvenientes para atravesarlo, era una muralla mas inespugnable que la de la China. Para las miras mezquinas que reinaban en aquella época, con respecto á las colonias, acaso no fué del todo malo el proyecto; pero si el gobierno colonial hubiera pensado que andando el tiempo la raza anglo-sajona habia de caminar de progreso en progreso, mientras la española habia de degenerar, sin duda alguna habria pensado mas seriamente en reunir una masa considerable de poblacion en las fronteras del Norte. La falta de cálculo en el gobierno español, ha dado naturalmente por resultado el que las cosas hayan pasado de la manera que todos hemos visto.

El visitador Galvez, á quien hemos citado ya otra vez, tenia un talento mas previsor que los vireyes antecesores; así es que, reconociendo la importancia de Tejas, fundó sobre la costa, y escogiendo la mejor bahía, una poblacion que se conoce por Galveston, y que no es mas que la palabra inglesa *town*, ciudad, combinada con el apellido del fundador, es decir, ciudad de Galvez.

Tejas, el Nuevo-Santander, la Sonora y Californias quedaron bajo el nombre de *Provincias Internas*, sujetas al mando de un capitán general. Este tenia sobre todos los gefes de los presidios una autoridad ilimitada, como los gefes la tenian sobre los soldados, y los soldados sobre las familias; así el sistema despótico recibió una organización desde el hogar doméstico hasta la fuente del gobierno. El reglamento de presidios, dictado por Galvez, es una de las obras en que se reconoce mas el talento de este gobernante. Crió una especie de soldados colonos, que cultivando la tierra y siendo propietarios de ella pudieran defenderla, así como á sus familias. La organización de las tropas fué en la frontera por compañías mandadas por un capitán. Cada compañía habitaba una pequeña poblacion, cada soldado tenia su casa y su familia, y cada familia su tierra de labor y sus trabajos domésticos sistemados. Los presidios, colocados en una línea y de distancia en distancia, tenian obligación de auxiliarse mutuamente en caso de una considerable invasión de indios, y para la seguridad de los caminos y de algunos colonos que se establecian fueran de los límites de los pueblos, destacamentos algo considerables transitaban cada quince dias ó cada mes, de presidio á presidio. Las reglas y castigos severos de la Ordenanza del ejército no podian ni debian convenir para unos hombres cuyo género de vida y de guerra á que estaban dedicados, requerian tambien otra clase de sistema, de disciplina y de organización. Así los ejercicios, las guardias, el servicio

en tiempo de guerra y de paz, y hasta el modo práctico de la contabilidad, difiere en mucho de la Ordenanza. Algunas veces para ligeras faltas hay penas mas severas que las que se mandan aplicar á las tropas de línea, en vez que las de puntual asistencia á las listas y á los ejercicios se disimulan en alto grado. Esto, que á primera vista parece defectuoso, no es sino sábiamente combinado. Hombres que si bien permanecen en el ócio muchos dias, tienen largas temporadas de una penosa campaña por los desiertos, merecieron, en concepto del visitador, alguna indulgencia en ciertas materias; así es que en el reglamento ya citado se detallan minuciosamente, y sin que haya lugar á equivocacion, los deberes y obligaciones de los gefes y soldados de los presidios.

La vida de estos primeros colonos de las fronteras es algo singular y merece que digamos dos palabras sobre ella. La línea de los antiguos presidios no estaba reducida á las orillas del Rio Bravo, sino que comenzaba en la costa de Tampico, y siguiendo la direccion del Norte, tocaba en el Bravo y seguia su curso hasta San Elezario y Albuquerque, cerca de Santa Fe en el Nuevo-México. Las pequeñas poblaciones de Aguayo, Güemes, Padilla, Santander y San Fernando de Presas, situadas en las tierras del condado de Sierra-Gorda en el Departamento de Tamaulipas, y conocidas hoy con el nombre de *Villas del Sur*, no eran sino otras tantas residencias de las compañías presidiales.

La mision del Refugio, (hoy Matamoros) Reynosa Viejo, Camargo, Revilla, Laredo y Rio-Grande, situadas en las márgenes del Bravo, y conocidas hoy por *Villas del Norte*, completaban la estensa línea de defensa de la provincia del Nuevo-Santander.

La línea que se unia á ésta, comenzaba en las riberas de los rios Salado y Sabina que desembocan en el Bravo y los pueblos de Aguaverde, Candela, Lampazos, Paso del Norte y San Elezario, formaban el estenso cordón de seguridad que no terminaba en Nuevo-México sino para unirse con las misiones y presidios de la Sonora y baja y alta California. Ya se concibe

por esta rápida descripción, que el plan de Galvez fué una de aquellas obras grandiosas y vastas que solo conciben los hombres de genio. Las poblaciones de los presidios son por lo general de casas bajas, formadas de gruesas paredes de piedra o de cal y canto. En las orillas del pueblo hay jacales ó chozas de zacate con sus corrales ó labores circundadas de cercas de espinos. Los edificios notables de los pueblos presidiales son la iglesia y la casa del capitán; y digo notables por su estension y la fortaleza de sus paredes, mas no porque en la arquitectura tengan nada de singular. La arquitectura de los pueblos colonos que se establecen en medio de los bosques y desiertos es como el idioma, que basta solo para las exigencias de la vida. Mas con todo y la tristeza que inspitan á los hombres acostumbrados á vivir en grandes poblaciones estas pequeñas residencias de los colonos, meditando un poco, se reconoce que en medio de una organizacion despótica, los habitantes disfrutaban de libertad individual; y que á pesar de la triste soledad de los pueblos, aquellas moradas han encerrado durante muchos años familias felices.

Muchos dias transcurrian, en los tiempos á que nos referimos, sin que la tranquilidad de los pueblos presidiales se turbase. Los hombres se dedicaban á los ejercicios del campo, recorrían los bosques, examinaban los progresos de su ganado, atendían á sus pequeñas siembras. Entretanto, las mugeres hilaban lana, tegían frazadas, aseaban la ropa del marido ó del hermano. A la noche todos los parientes y los amigos se reunían al derredor del fuego de la cocina, saboreaban sus frugales viandas y se entregaban al reposo. No se busque en esto la civilizacion ni el refinamiento de las costumbres; pero sí la sencillez, ó mejor dicho, la simplicidad que tanto agrada encontrar en los pueblos de una primitiva organizacion. Cuando en una noche diáfana, estrellada y serena he asistido en un bosque antiguo y solitario, á esos banquetes homéricos, cuya mesa es el cespèd y cuyas viandas son solo los corderillos ó la ternera asados al lento fuego de la hoguera, y cuyos convidados son esa gente sencilla, endurecida con los trabajos del desierto y los riesgos de una campaña perpetua, aseguro que se han bor-

rado enteramente de mi memoria los saraos y los bailes de los cortesanos.

Esta tranquilidad era turbada por el ladrido de los perros, por el silbido agudo y terrible que se prolongaba en las florestas, ó por el toque de la campana de la iglesia. Estas señales eran otros tantos anuncios de la proximidad ó de la invasion de los salvages. En el acto todos los soldados dejaban el reposo doméstico, tomaban sus armas, se revestían sus arreos de guerra, ensillaban sus caballos, y listos como el relámpago se reunían en la casa del capitán ó en el cementerio de la iglesia. Muchas veces su actividad y valor salvaban prontamente á la poblacion de los enemigos; otras determinaban perseguirlos y aniquilarlos, y entonces aperaban sus mochilas de *pinole*, *tasajo* y *tabaco*, y se lanzaban á los desiertos. Sucedia que no regresaban á su casa hasta despues de dos ó tres meses, y saludaban á sus familias con la misma impassibilidad y sangre fria con que se separaron, ó como si solo hubiesen estado una noche ausentes. A su regreso de la campaña venían cargados de los despojos del enemigo, á saber: pieles de cíbolo, de oso y de tigre, gamuzas, flechas, arcos y vestidos de los indios vencidos. Algunas ocasiones tambien las cabelleras de los soldados presidiales quedaban en poder de los enemigos, y algunos buenos esposos y amantes padres regresaban heridos y mutilados á sus hogares. El esterminio de algunas hordas salvages ó la paz que se concluía con ellos, dejaban á la tropa largos intervalos de ocio; y entonces, si la estación lo permitía, emprendían cacerías de caballada mestaña ó de cíbolo.

Para completar el bosquejo que hemos pretendido trazar de esta clase de hombres singulares y que tanto difieren de la tropa de línea, diremos cuatro palabras sobre estas cacerías.

Con las primeras exploraciones de Soto y de Narvaez se introdujeron los caballos. Las estensas savanas del territorio de Tejas, los muchos rios y arroyos que como unas arterias riegan ese suelo y los bosques inmensos y frondosos, favorecieron admirablemente el desarrollo y procreacion de los caballos. En su principio probablemente fueron caballos dóciles y acostumbrados al servicio del hombre, mas despues con la libertad

y la independencía recobraron tambien su primitivo brio y su salvaje hermosura, y las manadas de caballos con sus brillantes ojos de fuego, con las colas flotantes, con sus encrispadas crines, con su cútis lustroso de oro, han recorrido esos bosques eternos, añadiendo con sus relinchos de alegría, con sus bufidos de susto ó de cólera, con el estruendo de su rápida carrera, una nueva poesía á esas soledades. Cuando en medio de esos desiertos nos hemos entregado á esas meditacionnes estensas, que son la vida del alma, y hemos visto que no hay esclavos ni señores, ni sociedad ni leyes, y que las manadas de búfalos, de venados y caballos atraviesan tan libres y gozosos la tierra como las áves el viento, se piensa algo en aquella libertad primitiva del lugar donde Dios colocó al primero de los hombres.

Mas volvamos á nuestro asunto. Para una cacería de caballos salvages es indispensable un crecido número de hombres. Así pues con algunos dias de anticipacion avisaban los presidiales, citando un punto de reunion en dia fijo. Los dias que transcurrían entre el primer aviso y el dia señalado para la marcha se empleaban en los preparativos indispensables. Las mugeres hacían las provisiones, reducidas á *condoche* (*), *pinole*, *tasajo*, *tabaco* y *hojas secas de mazorcas*. En cuanto á los hombres, se dedicaban con tarea á recomponer sus sillas de montar, á limpiar sus armas y á preparar sus caballos para una correría no esenta de peligro. Llegado el dia, las diversas partidas de presidiales, abastecidos para vivir dos ó tres meses en el desierto, se ponían en camino para el punto de la cita, y conforme llegaban á él establecían debajo de los árboles, y escogiendo un parage donde hubiese agua, su campamento. Reunidos finalmente todos, distribuían la fatiga. La mayor parte de ellos se dedicaban á cortar troncos de árbol y construir con ellos un corral angosto y largo con una triple y fuerte barrera. El resto de los cazadores se dispersaba por el monte con el fin de rodear y es-

(*) El *condoche* son unas tortillas de maíz cocidas al horno y con una poca de manteca y sal se conservan mucho tiempo en un estado de dureza como si fueran piedras; mas calentadas un poco al fuego se ablandan al instante.—El *pinole*, como todo el mundo sabe, se compone de maíz molido con azucar ó panocha.—Las hojas secas del *helote* es un avio indispensable para los presidiales, pues con es o hacen sus cigarros.

pantar la caballada é inclinarla insensiblemente hácia el corral. Concluida la construccion de éste, asegurados los exploradores de la existencia de las manadas de caballos, seguian la árdua operacion de distribuirse en el bosque, tomar todas las avenidas, y dejar, por decirlo así, encerrados á los caballos, de suerte que no tuvieran mas arbitrio que arrojar al corral.

Desde este punto comienza una escena de animacion y de interes, tanto de parte de los hombres como de los brutos. Las manadas de caballos, reconociendo por el olfato y por el instinto la presencia de los cazadores, se detienen, bufan, abren sus anchas narices y arrojan humo por ellas; sus ojos centellean, sus crines se encrespan, sus colas ondean en el viento y forman vistosos penachos. El mas leve ruido lo perciben sus orejas, el mas leve movimiento lo ven sus ojos, y al parecer, dominados por una voluntad, la mirada y el movimiento de uno es el de todos. Tan admirable uniformidad en una manada de trescientos ó cuatrocientos caballos, la expresion ardiente de sus ojos, la flexibilidad de sus miembros, la belleza de sus formas, el lustre de la hermosa piel con que los ha vestido la naturaleza, todo esto sorprende singularmente, y se reconoce cuánta es la belleza que Dios ha puesto en todas las obras de su creacion. Apenas sienten el ligero ruido de los matorrales cuando el mas intrépido, el mas hermoso de los caballos da un ligero brinco y rompe por entre el bosque con la ligereza de una águila. Todos lo demas lo siguen, y árboles robustos y matorrales débiles ceden al poderoso impulso de estos nobles hijos de las selvas. Torrentes, grietas, precipicios, todo lo salvan, todo lo arrollan en su fantástica carrera. Si los cazadores que están rodeando la manada no tienen la destreza necesaria, son arrollados y aniquilados por la manada; pero conociendo su riesgo, lo que hacen en caso urgente es abandonar su caballo y subirse á un árbol. Nada hay comparable á observar, cuando acontece esto, la admiracion y sorpresa que experimentan los caballos salvajes al ver á un semejante suyo con arreos desconocidos para ellos. Se paran, lo rodean, van, vuelven, huyen espantados y vienen de nuevo á oler la silla, á morder los estribos, á comuni-

carse con su compañero como para inquirir de él la causa por qué se haya revestido de tan raro ropage. Ya se concibe la fatiga y peligros de los cazadores para cercar las manadas. Esta es obra, no de un dia, sino de quince ó veinte; mas una vez pasado esto é inclinada la caballada al corral, entra alguna parte de ella, y los que están colocados á la puerta la cierran inmediatamente. Una vez que los caballos conocen su prision, su rabia no tiene límites; bufan, arremeten á las cercas con sus robustos pechos, y á ocasiones, reconociendo su impotencia para escaparse, se azotan contra el suelo y mueren mordiendo la tierra de rabia y de despecho.

Los presidiales, despues de conseguido su triunfo, se retiran á sus campamentos á contarse mutuamente sus fatigas y sus hazañas, y á elogiar los caballos que han encerrado. Entretanto, la hambre y la sed acosan á los pobres caballos, y cuando los sacan del corral y los conducen á las habitaciones para imponerles el yugo y la servidumbre, apenas tienen aliento para sentir la pérdida de sus bosques y de su libertad.

La cacería del cíbolo se efectúa regularmente en el invierno. El rigor del frio hace emigrar anualmente á estos animales en busca del clima mas templado, así no es difícil conocer los puntos por donde deben pasar. Los presidiales emprendian estas cacerías de acuerdo con alguna tribu de indios con quien tienen celebrado tratado de paz. El modo de efectuarla es correr tras de los animales y herirlos, bien con las flechas ó bien con las armas de fuego. El cíbolo á pesar de sus formas robustas, de su ligereza y de su fuerza fisica, es un animal tímido, que en vez de ofender al hombre, huye asustado de su presencia. Solo cuando se siente herido ó cuando mira revolcándose en su sangre a sus compañeros se enfurece de una manera notable; pero conociendo acaso su impotencia concluye por huir. Cuando concluye la cacería, queda en el espacio de cuatro ó cinco leguas un reguero de cíbolos muertos ó heridos que lanzan bufidos de dolor. Entonces los indios y los presidiales les quitan las pieles, que curten con demasiada perfeccion, particularmente la tribu de *lipanes*. Las lenguas ya se sabe que son un manjar delicioso; en cuanto

á la manteca, los indios y los presidiales la aprovechan para comer, para velas y para pomada, con la cual el cabello crece y se conserva en un estado brillante de hermosura. Se ve, pues, que una expedición de esta clase, no solamente se aviene con las inclinaciones de estos hombres del desierto, sino que los provee de los artículos mas indispensables para la vida.

Esta rápida descripción de la cacería de caballos y de ébolo la hemos puesto solo como un episodio que completa el cuadro que hemos pretendido trazar de la vida y costumbres de los primeros habitantes de la frontera; pero hay todavía otros mil rasgos que los caracterizan y que son dignos de mencionarse.

La honradez de los presidiales era proverbial, al menos en aquellos tiempos. Los caudales necesarios para el pago de los haberes de las compañías, que eran distribuidos por los inspectores, eran conducidos bajo la custodia de uno ó dos soldados á los respectivos presidios, y jamas faltaba ni un centavo. Bastaba que un hombre de la frontera fuese soldado, para que, como se dice vulgarmente, se le pudiera fiar oro molido. La simplicidad de las respuestas de los presidiales es otra cosa curiosa y esclusiva de ellos.

—Buenos dias, Anselmo.

—Buenos dias, mi capitán, responde el presidial quitándose el sombrero y entregando un grueso pliego al capitán.

—¿Qué novedades hay por el camino?

—Ninguna, mi capitán, todo está bueno; no mas que los indios pegaron en el rancho del *Gujolote* y han matado diez hombres.

El capitán, que es de la misma masa que el soldado, lejos de asombrarse de eso, responde:— Está muy bien, vuélvete á tu presidio, y dí que tampoco por aquí hay novedad, que los indios *pegaron*; pero que nadita hicieron mas que llevarse treinta caballos del compadre D. Juan y matar á dos de sus vaqueros.

El presidial monta de nuevo en su caballo y se pone en camino; pero no un camino de diez ó doce leguas, sino de cincuenta ó sesenta.

Acostumbrados los presidiales al desierto y á las continuas astucias de los indios, su vista está muy ejercitada, y cuando los ojos del hombre

cortesano no ven nada, los del presidial descubren una leve columna de humo, un ligero polvo, la huella del salvaje, ó el rastro que ha dejado á su tránsito por los matorrales y césped de la selva. Muchas veces se bajan del caballo, examinan las huellas y se levantan satisfechos diciendo: “Por aquí han pasado veinte caballos y cuatro mulas; de los veinte caballos ocho van sueltos y los demas con ginetes.” Tanta exactitud parece charlataneria; pero las mas veces la he visto comprobada.

El vestido de los presidiales es de gamuza finísima, todo adornado de flecos de la misma gamuza, y cuando salen á sus expediciones se ponen unas botas gruesas de cuero que les cubren hasta la rodilla, y una cuera que les resguarda todo el cuerpo. Este género de vestido los precave de los espinos y malezas por donde tienen que transitar. Las monturas del caballo son, aunque mas burdas y toscas, lo mismo que las de los rancheros del interior, añadiendo solamente un sudadero recamado de paño de colores, que cubre parte de la anca del caballo. Su armamento se compone de una carabina corta, como la que usa la caballería de línea, de una pistola, una lanza y un sable corto ó machete que va debajo de la silla; esto sin contar con un puñal que nunca se separa de ellos, y que les sirve para cortar sus alimentos y su tabaco. La maleta de que hemos hablado es un mueble indispensable, y al que comunmente llaman *tagarnina*, pues que allí llevan la carne, el café, el dulce, alguna ropa limpia, tabaco, avíos de coser, y cuanto les es necesario para las dilatadas correrías. Esta *tagarnina* la llevan en las ancas del caballo, y se necesita un lance de extremo peligro para que se resuelvan á abandonarla. Otra de las escenas curiosas de las fronteras, son las ferías. Cuando se han concluido tratados de paz con una ó muchas tribus de indios, estos entran á los presidios después de las grandes cacerías, con multitud de caballos cargados con pieles de ébolo, de oso, de venado, de berrendo y de otras clases de animales. En otra vez he dicho que la naturaleza enseña á los indios multitud de secretos que los hombres civilizados solo aprenden á fuerza de años y de estudio. Uno de estos secretos es el

de curtir perfectamente las pieles sin el socorro de los aparatos usuales para esto. Los lipanes particularmente sobresalen en ello, y sus gamuzas son tan finas, que de algunas se podrían hacer finísimos guantes.

El aspecto que presenta una fêria es curioso. Las tribus de indios con sus mugeres y chicuelos acampan en las orillas de los pueblos, forman sus tiendas con pieles, y coloca el gefe en la puerta sus armas, como lo hacian los antiguos guerreros de la Europa. Uuos indios están medio desnudos recostados fumando, otros de pié taciturnos con sus fisonomías pintadas de azarcon y con líneas azules, permanecen como una estatua envueltos en una luenga piel de cibolo de tigre.

Los presidiales ó concurrentes á la fêria recorren todos estos campamentos y cambian baratijas de merceria y colores por pieles. Este comercio contribuyó á enriquecer á muchos capitanes presidiales, y todavia hace pocos años concurrían multitud de tribus de indios y de especuladores nacionales y estrangeros a la fêria del pueblo de San Fernando Aguaverde en la frontera de Coahuila.

La mayor parte de las tribus de indios tienen cierta semejanza en la figura. Son bronceados, de ojos negros, y ó demasiados centellantes ó reconcentrados en sus órbitas. Las mugeres pueden distinguirse apenas del sexo masculino por algunas alteraciones en su traje; pero pocas de ellas, aunque esten en la flor de su edad, pueden inspirar los sentimientos delicados que se conciben cuando se contempla en la muger jóven una de las obras mas acabadas de la naturaleza. No obstante; la tribu de lipanes y algunas otras que descienden acaso de las razas que habitaban las orillas de los grandes lagos del Norte, tienen mugeres bastante hermosas. Nada es comparable á la salvage gentileza y hermosura de una doncella india de estas tribus. Sus formas redondas y mórbidas, la espresion de su fisonomía, donde se puede leer la sencillez al mismo tiempo que los primeros instintos del amor desarrollándose sin ese barniz ficticio de la educacion, sus ojos brillantes y acostumbrados á la fuerte luz de las selvas y del desierto, los movimientos rápidos y airosos como los de la gacela, la terri-

ble espresion de su enojo, la calma y frialdad con que pone su leve planta en el borde de los precipicios y de las cataratas, todo, en fin, completa un cuadro de admirable sencillez, y donde se puede conocer la obra de Dios en lo moral y en lo fisico, tal cual la ha hecho sin las ficciones que cria despues la sociedad y que modifican el carácter de la muger; sin los listones y gasas con que la moda ha cubierto sus admirables y peregrinas proporciones. Tal es la hija de las selvas de las orillas de los rios de Tejas; así las hemos contemplado algunas ocasiones, pareciéndonos imposible que con la vida nómade que llevan, con la incuria en que viven, puedan conservarse con tantos atractivos. Repetimos que no es comun, pues en las mugeres de las tribus *táncalvues, comanches, carrizos, pintos y suazos*, el bello sexo solo por ironía merece tal dictado.

Las ferias duran quince dias ó un mes, y los indios cargados de colores, de tabaco, y de baratijas de merceria, se retiran á sus aduares, ó comienzan sus campañas contra las otras tribus. En cuanto á los soldados de los presidios, y principalmente los capitanes, quedan mucho mas contentos, pues á veces el cambio de pieles les produce sumas de consideración. Tal es en compendio el sistema de vida de los presidiales. Desde que Galvez los plantó, por decirlo así, en la frontera, hasta la primera revolucion permanecieron siempre en un estado de arreglo admirable. No puede negarse que si no fué una colonizacion como hoy podría hacerse, fué una obra grandiosa, el ceñir el desierto desde el Golfo hasta el Pacífico con una cadena de poblaciones que, dígame lo que se quiera, bastaron durante muchos años para contener á los terribles é implacables enemigos del hombre civilizado.

M. PAYNO.

Quien pierde el honor, ya no tiene mas que perder.

La conciencia castiga al criminal cuando lo deja de hacer la ley.
